



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

 Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

**Relación madre-hija en etapas pre edípica y edípica,
y en la repetición
Construcción de un caso clínico desde una perspectiva psicoanalítica**

Estudiante: María Andrea Tosquellas Guzmán

Facultad de Psicología – Universidad de la República

Tutor: Prof. Adj. Mag. Octavio Carrasco

Revisor: Asist. Mag. Gonzalo Grau Pérez

Montevideo, julio de 2023

A mis entrañables ausencias
A Martina Paz, mi mágica presencia

ÍNDICE

Resumen

¡Error! Marcador no definido.

Introducción	6
Capítulo 1	10
Presentación del caso	10
"La crianza de las madres"	13
La crianza de las hijas/ los hijos	18
Capítulo 2	22
Objeto no es relación de objeto.....	22
Frustración: una falta de objeto	24
Del deseo de la madre a la metáfora paterna.....	26
Feminidad: de ligazón madre a ligazón padre.....	28
Compulsión de repetición.....	32
Capítulo 3.....	35
Todos menos tú	35
Retorno del pasado	42
Consideraciones Finales	46
Referencias	49

RESUMEN

El presente Trabajo Final de Grado es una producción empírica de articulación teórico-clínica, que surge en el marco de la Práctica de Graduación de la Facultad de Psicología, realizada en la Clínica Psicoanalítica de La Unión en el año 2022. Tiene como metodología la construcción de un caso clínico en diálogo con la teoría psicoanalítica, fundamentalmente, con los aportes de Sigmund Freud y Jacques Lacan. Se busca problematizar dos conceptos centrales desde esta teoría: la estructura edípica y la repetición. La propuesta es pensar cómo la relación madre e hija en etapas preedípica y edípica puede definir posiciones subjetivas que traen malestar y sufrimiento al presente, abordando la problemática a partir de la relación de objeto y haciendo hincapié en aspectos de la feminidad, es decir, en la posición de la niña en la estructura edípica. A su vez, a través del recorte del caso, se busca visualizar aspectos de lo traumático que conducen a la repetición. A modo de conclusión, se destaca haber alcanzado una articulación entre los conceptos teóricos y el trabajo práctico en la Clínica Psicoanalítica de La Unión, que ha permitido realizar aportes a la construcción del caso y, por lo tanto, del saber en el marco de la formación académica.

Palabras claves: caso clínico, estructura edípica, repetición, feminidad

ABSTRACT

This Final Degree Project is an empirical production of clinical theoretical articulation, that arises in the context of the Graduation Practice of the Faculty of Psychology, carried out at La Unión Psychoanalytic Clinic in 2022. Its methodology is the construction of a clinical case in dialogue with psychoanalytic theory, fundamentally, with the contributions of Sigmund Freud and Jacques Lacan. It seeks to problematize two central concepts from this theory: the oedipal structure and repetition. The proposal is to think about how the mother-daughter relationship in the pre-oedipal and oedipal stages can define subjective positions that bring discomfort and suffering to the present, addressing the problem from the object relationship

and emphasizing aspects of femininity, that is, in the girl's position in the oedipal structure. At the same time, through the cutout of the case, it points to visualizing aspects of traumatic issues that lead to repetition. In conclusion, the achievement of an articulation between theoretical concepts and practical work at the La Unión Psychoanalytic Clinic stands out, which has allowed contributions to the construction of the case and, therefore, of knowledge within the framework of academic training.

Key words: clinical case, oedipal structure, repetition, femininity

INTRODUCCIÓN

El presente Trabajo Final de Grado (TFG) es una producción empírica de articulación teórico-clínica, que se basa en el recorte de un caso clínico que surge en el marco de la Práctica de Graduación de la Facultad de Psicología, realizada en la Clínica Psicoanalítica de La Unión en el año 2022. En este contexto y bajo la supervisión del docente Gonzalo Grau, llevé adelante el caso de Gloria, que desarrollaré en este TFG tras realizar veinte encuentros con la paciente entre junio y diciembre de ese año. Esta Práctica, que implicaba semanalmente una instancia teórica en las instalaciones de la Facultad y otra de atención en la Clínica de La Unión, fue compartida con estudiantes del Ciclo de Formación Integral. Los casos se trabajaron en duplas, un estudiante de cada Ciclo, y para el caso de Gloria se hizo de la siguiente manera: en los dos primeros encuentros estuvimos presentes los dos estudiantes, previa solicitud de aprobación de la paciente y luego continué sola en la consulta, pero tanto la discusión del caso como la elaboración del informe para presentar en clase (instancia de supervisión) fue un trabajo en equipo.

La Clínica Psicoanalítica de La Unión surge en 1996 con la firma de un convenio entre la Universidad de la República (Udelar) y la Comisión Fomento del Barrio La Unión. Desde entonces, brinda atención en psicoterapia psicoanalítica y por tratarse de un servicio universitario apunta también a la investigación académica, producción científica, realización de ateneos, entre otras actividades, por lo que es necesaria la utilización de la información y el material clínico que surge en este servicio. Para tal fin es necesario que la persona que hace uso del mismo firme un consentimiento, en el que, a su vez, la Udelar se compromete a resguardar su identidad y la confidencialidad del material clínico. Por esta razón, los nombres de todas las personas mencionadas en este trabajo son ficticios y se han omitido referencias a determinados lugares. La práctica que se realiza en la Clínica Psicoanalítica de La Unión, como una de las opciones de la Práctica de Graduación, integra la malla curricular de la Licenciatura en Psicología de la Udelar; también ha sido una de las elecciones que he podido

realizar en mi trayecto por la Facultad con el fin de adquirir el mayor conocimiento posible sobre psicoanálisis.

Entiendo al encuentro que habilita la clínica como una posibilidad de aprendizaje que permite entender, aprobar y cuestionar los conceptos aprendidos en la formación académica al tiempo que abre caminos hacia nuevos conocimientos. Es el espacio propicio para poner a dialogar la práctica y la teoría. En estas convicciones me he basado para elegir esta opción de Práctica y la modalidad del TFG. En cuanto a la clínica psicoanalítica, dice Eidelsztein (2001), “no es una clínica de la mirada, sino de la escucha y una lectura montada sobre ella” (p.46), en donde se pone en juego el sufrimiento, el cuerpo y la relación que el sujeto tiene con el mismo. “Antes del análisis, había una clínica a partir de los tipos de síntomas. Pero lo que aportó el análisis fue un sentido particular al síntoma” (Julien, 2000, p.176) y con ello, un desafío aún mayor: ir más allá del sentido para llegar a la estructura.

El caso clínico en psicoanálisis, según Carrasco (2018), muestra “la ineludible singularidad de un sufrimiento que puede ser entendible en tanto que parte de una experiencia que lo trasciende, eso hace que, estructuralmente, sea ... generalizable, permitiendo que sea aplicable a otros casos” (p.96). Otra característica del caso es que está siempre en construcción y, por lo tanto, es también construcción de saber. Para el caso de Gloria esta tarea ha sido posible a través de la escucha, el diálogo con las distintas teorías psicoanalíticas y las instancias de supervisión e intercambio con docente y estudiantes. Nasio (2000) remarca además la particularidad de la escritura en la conformación de un caso: “es siempre un escrito que apunta a ser leído y discutido” (p.11). Al mismo tiempo, esta característica lo convierte en una reconstrucción ficticia: “nunca es un acontecimiento puro; siempre es una historia modificada” (Nasio, 2000, p.20). Como dice el autor, se parte de lo real para crear ficción y con la ficción, se recrea lo real. “El analista recuerda el encuentro con el analizando a través del filtro de su vivencia como terapeuta, lo reajusta de acuerdo con la teoría que quiere validar y ... lo redacta siguiendo las leyes restringidas de la escritura” (Nasio, 2000, p.20). Según Carrasco (2018), no se trata de diagnosticar a las ficciones; se

trata de “hacerlas hablar al modo de enunciadores de un conflicto que señala algo de las fallas del sujeto, el límite de los discursos, lo que se dice de más, o lo que no se dice y se muestra” (p.22).

La dimensión del encuentro con un sujeto que sufre también da lugar al deseo del analista (o practicante), que implica “saber hacer hablar lo no sabido, que a su vez implica saber escuchar eso que hace alarde de lo que oculta” (Carrasco, 2018, p. 98). Producir un caso, dice Nasio (2000), es también comprometerse con la escucha y en este sentido, sugiere tener presente, en un nivel preconscious, lo que él denomina esquema del análisis, es decir, “un conjunto de hipótesis que definen la problemática principal de un paciente dado” (p.22). La sugerencia de este esquema también se despliega a la hora de pensar y reconstruir el caso a través de la escritura de este TFG. Las preguntas que lo guían tienen como eje dos conceptos, la estructura edípica y la repetición, tomando fundamentalmente los aportes de Sigmund Freud y Jacques Lacan. La propuesta es pensar cómo la relación madre e hija en etapas preedípica y edípica puede definir posiciones subjetivas que traen malestar y sufrimiento al presente, abordando la problemática a partir de la relación de objeto. En este marco, surgen las siguientes interrogantes: ¿Cómo se generan en el discurso familiar los mensajes que habilitan el lugar de sufrimiento del sujeto? Y ¿cómo entenderlo para el caso de Gloria, quien llega a la consulta porque dice no poder vivir con los miedos y pánicos que siente todo el tiempo? Estos mensajes determinantes en el sujeto, ¿cómo se sostienen y reeditan en los vínculos actuales? En este sentido, ¿cómo pensar la repetición en el caso que aquí se presenta?, es decir, ¿qué aspectos de lo traumático lleva a la paciente a la repetición y cómo se relaciona con los miedos que trae a la consulta?

Se busca responder estas interrogantes a través de los tres capítulos que forman parte de este TFG. El primero comienza presentando el caso y la estructura familiar de Gloria con énfasis en la relación con su madre, a quien insiste en recordar como ausente durante su infancia y adolescencia. Al mismo tiempo, se busca evidenciar un discurso, por parte de la paciente, fuertemente atravesado por la mirada de una madre evaluadora, censuradora e

imposible de satisfacer. Aquí el significante perfección cobra particular relevancia y de igual manera las diferencias que, tanto la madre como el padre, han hecho entre las hermanas, dejando a Gloria en posición de excluida. El recorte del caso en este capítulo también integra los aspectos de la repetición: la posición de excluida, al igual que la exigencia de perfección, se reedita en sus vínculos familiares actuales (esposo, hija e hijo).

En el segundo capítulo se presentan los lineamientos teóricos. Comienza con la experiencia preedípica y la frustración como una categoría de la falta de objeto. Se pretende marcar una evolución hacia la dialéctica de la frustración y también del lugar de la madre, primero como agente simbólico de frustración y luego como madre fálica/ deseante. Se intenta demostrar lo determinante del vínculo primitivo con la madre (ligazón-madre) en el posterior viraje hacia el padre (ligazón-padre) e ingreso a la escena edípica. En este marco, tiene un destaque la función del padre (metáfora paterna) a través de los tres tiempos de Edipo propuestos por Lacan (1999). Es importante detenerse en el lugar que ocupa la niña en toda esta estructura, señalando algunas diferencias con el varón, sobre todo, en lo referente al complejo de castración. Por último, se desarrolla el concepto de repetición y las diferencias que en este sentido han tenido los autores mencionados, no solo entre ellos sino también con ellos mismos a lo largo de la evolución de sus respectivas teorías.

El tercer capítulo articula los aspectos del caso de Gloria con los conceptos teóricos que se cree logran sostenerlo. En el transcurrir de un diálogo entre práctica y teoría se busca lograr un mayor entendimiento de estos dos ámbitos, pero no solo a través de la búsqueda de consensos sino también de interrogantes que ayuden a despejar dudas y otras, más provocadoras, que abran puertas hacia nuevos caminos en la construcción y fortalecimiento del caso. Por último, el motivo para trabajar sobre un caso clínico en el TFG estuvo animado por el desafío de ir de lo singular a lo universal como camino de aprendizaje, con la intención de ir hacia un saber “que sea útil para ulteriores tratamientos clínicos, y para construir categorías de pensamiento que permitan dar luz sobre los modos del sufrimiento psíquico y su estructura” (Carrasco, 2018, p.96).

CAPÍTULO 1

Presentación del caso

Gloria, de 54 años, llega a la Clínica Psicoanalítica de La Unión a través de una prima que le facilita información y líneas de contacto; mantuvo un tratamiento de casi seis meses de duración con encuentros semanales a los que asistió siempre. Está casada con Juan desde los 27 años y tienen un hijo de 24 (Sebastián) y una hija de 18 (Vanessa). Él estudia educación física y trabaja atendiendo público en un comercio, ella está terminando el liceo y comenzando un emprendimiento, con su novio, de elaboración y venta de comidas. Gloria trabaja haciendo limpiezas desde hace aproximadamente 16 años y su esposo, desde hace poco más de un año, se desempeña como coordinador en una empresa argentina de transporte y logística. *“Es la primera vez que tiene un trabajo estable”*. Agrega que el tema económico ha sido, y sigue siendo, motivo de pelea entre ellos. *“Nosotros somos los pobres de la familia. Mi hermana tiene plata, mi madre tiene plata”*. Gloria estaba cursando segundo año de Facultad de Derecho e inglés avanzado (Proficiency), al tiempo que daba clases particulares, cuando la madre decidió pagarle un curso de peluquería.

G: Mi madre puso una peluquería con mi suegra. En ese momento, yo estaba de novia con Juan y ella decidió que yo trabajara con mi suegra. Yo no quería.

A: ¿Se lo dijiste?

G: Y no... ya había pagado el curso.

El negocio no prosperó y Gloria no volvió a retomar sus estudios. Empujada por las circunstancias (*“estábamos mal, mal”*), comenzó con las tareas de limpieza y por un tiempo se lo ocultó a su madre. Cuando ésta se entera se pone a llorar, reclamándole la plata gastada en sus estudios. Gloria sentía vergüenza de su trabajo (asegura que ahora no), por su madre y también por los hijos (aclara que iban a un colegio privado que su madre pagaba). *“La gente asocia ciertos trabajos con gente ignorante, que no tiene estudios.”* Gloria resalta la dedicación de su madre y su padre al trabajo, ambos tienen hoy poco más de 80 años. Su

madre tuvo almacén y era sastre; su padre era sanitario: *“Se pasaba trabajando día y noche, igual que mi madre, fijate que vendió el almacén a los 83 años. Bien tanos los dos, trabajar y trabajar.”* También recuerda que su madre se quedaba cosiendo de noche y que a veces amanecía y seguía en la máquina de coser.

Gloria vive en frente a la casa de sus padres. Dice que por momentos mira por la ventana y se angustia pensando en episodios familiares (le tiembla la voz al decirlo, pero no entra en detalles hasta dos encuentros después). En esa casa, también vive su hermana más chica (Rocío), con su pareja e hija; es víctima de violencia por parte de él, un secreto a voces en la familia, pero no el único. Rocío es hija de una relación que la madre mantuvo por fuera de su matrimonio con alguien que Gloria recuerda haber visto varias veces en el almacén. En una de las últimas consultas, terminando el año, la paciente intenta hablar con su madre de la violencia que sufre su hermana, le cuestiona que lo haya permitido, a lo que la madre responde: *“qué se joda, es una elección de ella”*.

La mayor de las cuatro hermanas también fue víctima de violencia: falleció con 33 años de dos disparos, la mató su ex pareja (recientemente separados). De todas las hermanas era con la que tenía mejor relación, recuerda Gloria, *“éramos muy compinches”*. Murió el 27 de abril de 1994, el mismo día en que Gloria y su hermana melliza (Patricia) cumplen años. Esta última tiene su casa lindera con la de Gloria, incluso comparten el predio del fondo, situación que le dificulta preservar su intimidad: *“mi familia es un libro abierto”, “no me siento dueña de mi casa”, “de mi hermana no sé nada, no cuenta nada”*. En varias oportunidades, Gloria expresa que le gustaría no contar todo. *“Mi familia dice que es mi culpa si me siento invadida porque cuento todo.”* Al mismo tiempo, parece estar pendiente de lo que su hermana hace y cómo lo hace.

G: Yo cuelgo la ropa así nomás, viene ella y la cuelga perfecto, como para que vea que lo mío está mal.

A: ¿Te lo dice?

G: No, pero me mira. Los otros días barrí la vereda y al rato ella salió a barrer y le dije: “¿tan mal lo hice?” y ella me respondió: “yo no dije eso, pero me gusta barrer así”. Es verdad, ella barrió mejor.

Gloria manifiesta que el motivo por el que consulta es que todo el tiempo siente miedo y pánico. *“No se puede vivir así”*. En la primera consulta dice que tiene miedo a los estudios médicos (*“siempre espero el peor resultado”*), a que la escuchen y a que le pase algo a su hijo o hija y no saber qué hacer (*“me paraliza la idea”*). Agrega que, si escucha el sonido de una ambulancia, piensa que es por su hijo y lo imagina muerto. Comenta tres situaciones en las que sus hijos se sintieron mal (presión baja o algún dolor) y ha sido otra la persona que ha reaccionado frente al hecho. *“Solo atino a gritar”*. Asocia lo que ella llama su incapacidad de reacción con el momento en que vio a su hermana mayor tirada en la vereda: *“salí corriendo descalza, me acerqué, recuerdo que tenía un punto rojo en el pecho, la miré y volví corriendo a mi casa. No me acuerdo a quién llamé, pero pedía que vinieran”*. Si bien pidió ayuda, ella insiste en varias ocasiones que no hizo nada.

Ante la pregunta de si podía identificar desde cuándo sentía esos pánicos y miedos, dudó en la respuesta y dijo que quizás fuera por la muerte de su hermana mayor o quizás por *“la crianza de las madres”*. Más adelante, en la misma consulta, se (me) pregunta si sus miedos obedecen a algo ocurrido en la infancia, que ella no pueda recordar. Enseguida comenta que no tiene recuerdos de su madre en esa época, sí de ella jugando y pasando la mayor parte del tiempo con su hermana melliza, ya que su madre estaba todo el día en el almacén. *“El único episodio que recuerdo de mi madre es estar llorando en el sillón pidiendo la leche.”* En la primera consulta Gloria dice: *“Mi madre no me mira”*. Esta idea estructura su discurso durante todos los encuentros en la Clínica, incluso, cuando hace referencia a otros vínculos, introduce a su madre en la comparación o en la explicación. La búsqueda de aprobación y el deseo de reconocimiento son posiciones arraigadas en Gloria. En su casa: *“grito para que me escuchen”*; cuando la halagan en el gimnasio: *“me pone allá arriba”* (gesticula con la mano); acerca de su actual trabajo, pensó en dejarlo, pero la fueron

recomendando y eso le dio seguridad para quedarse. *“No tuve que presentarme a una empresa de limpieza para que me evaluaran.”*

“La crianza de las madres”

Gloria reitera en varias oportunidades que su hermana melliza y ella pasaban el día solas en su casa: *“Nos criamos solas con mi hermana. Mi hermana era como mi madre.”* Recuerda que cuando tenían siete años, dedicaban los sábados a limpiar la casa: sacaban todo lo que había en los armarios de la cocina y lavaban la ropa, cada una en una pileta. *“Dábamos vuelta toda la casa”*. Cuando llegaba la madre del almacén, *“se ponía como loca”*, quejándose de que se pasaban limpiando, pero si no hacían nada también se quejaba. *“Si llegaba y estábamos mirando la tele, decía: ‘vayan a hacer algo productivo’.”* A propósito, Gloria recuerda: *“Cuando era la hora de llegada de mi madre, estábamos atentas. Si nos estábamos divirtiendo y veíamos por la ventana el auto de ella, enseguida apagábamos la música o la tele y nos poníamos a hacer algo. Si veíamos la camioneta blanca decíamos: es papá, no pasa nada.”*

La posición de permanecer en estado de alerta se repite transferencialmente en la consulta. En los primeros encuentros Gloria pregunta, como pidiendo permiso y de manera temerosa, *“¿te puedo contar esto? ¿puedo hablar de mi familia? ¿puedo hablar del pasado?”* A veces, durante el relato, baja la voz:

A: Bajaste la voz

G: ¡Ah viste! Sí, siempre hago eso. Será porque antes, cuando éramos chicas, estábamos hablando así, como en un grupo y de repente mi madre abría la puerta, irrumpía. Estaba escuchando detrás de la puerta.

A: ¿Escuchaba detrás de la puerta?

G: Sí, siempre

En otros momentos, interrumpe la conversación para mirar el celular y chequear que no hubiese mandado un audio por WhatsApp o efectuado una llamada por equivocación.

G: Mira si me escuchan

A: ¿Qué pasaría si te escuchan?

G: Me daría culpa. Uno no habla mal de la familia.

A: ¿Por qué culpa?

G: Porque sería más mala todavía (se le quiebra la voz, hay lágrimas en sus ojos).

El lugar de mala, al que hace mención Gloria, parece estar vinculado al lugar de denunciante, en el que quedó ubicada en más de una ocasión junto a su esposo. Por ejemplo, cuando le dijeron a su hermana chica quién era el padre biológico: *“Anduvo por todo el barrio tratando de averiguar su identidad, hasta que vino un día a casa, yo no le iba a contar, pero mi esposo me dijo que todos tenemos derecho a conocer nuestra identidad y le dijo la verdad. Mi madre le hizo la cruz”*. Gloria recuerda una vez que, jugando a disfrazarse con la ropa de su madre, encontró en un bolsillo la foto de un hombre que había visto varias veces en el almacén, conversando con ella. Tiempo después, ayudando a cargar unos cajones que su madre traía del almacén, encontró unas fotos del festejo del primer año de su hermana con personas que no eran de su familia, entre ellas, ese mismo hombre. *“Mi madre actuaba diferente cuando él iba al almacén, no era un cliente más, incluso, a veces le pedía que nos llevara a casa. Cuando nació mi hermana, empezó a ir una señora a cuidarla, luego me di cuenta de que estaba en las fotos que había visto. Debería ser la mamá de él.”* Toda la familia conoce esta verdad, incluso el padre de Gloria (*“hay que hacerle un monumento”*), pero es un asunto del que nunca se habló ni se habla. Solo una vez Gloria le preguntó a su madre y recuerda que *“armó tal escándalo”*, con amenazas de que se iba a matar, que nunca más intentó volver sobre el tema. Gloria dice que su madre está todo el tiempo diciendo *“no digas nada”, “vos cállate”, “hay cosas que no se cuentan”*.

G: ¿Viste que hay personas que no van a decir nunca la verdad? Bueno, esa es mi madre. No soporto la mentira, no se mentir, no me sale, no puedo. Será porque mi mamá siempre me mintió, ¿no? Igual la quiero.

G: No le puedo hablar porque me pongo a llorar, le tengo miedo. No valora ni le conforma nada de lo que digo.

G: Me da bronca saber que algo es así y que ella no lo reconozca

También fue el esposo de Gloria quien le contó a sus suegros sobre la violencia que sufría su cuñada, tras enterarse por ella misma. Fue durante un almuerzo de domingo, instancia a la que religiosamente iban todas las familias. Los padres sabían, pero callaban. A partir de ese momento, su madre y hermana chica dejaron de hablarles, de compartir los mismos espacios y comentaban entre los familiares que eran “una mala influencia”. Gloria pasó a mirar por la ventana de su casa la escena de los domingos, de la que ya no formaba parte. Recuerda un episodio en el que había ido con su familia a almorzar a lo de una sobrina y de manera sorpresiva llega su hermana chica. Los cuatro tuvieron que esconderse en un cuarto, cada uno con el plato en la mano, y esperar a que la hermana se fuera.

A: ¿Por qué decís que te aburre hablar del pasado?

G: Porque hay cosas que me ponen mal, yo no me olvido de la angustia que pasé mirando por la ventana viendo a todos reunidos y yo en mi casa.

A: ¿Te aburre o te angustia hablar del pasado?

G: Es que no se puede hacer nada. Mi madre se va a morir sin decir la verdad. Yo quisiera un día hablar a calzón quitado, me da una rabia quedarme con esto, que no diga la verdad. Quiero que me diga las cosas como fueron. Pero no quiero decirle nada porque le va a subir la presión y le va a dar algo. Yo no quiero cargar con eso.

De manera recurrente, Gloria relaciona la posibilidad de hablar con su madre con el temor a que algo le suceda. Comenta que le criticaba todo y ella nunca se defendía, nunca

respondía. *“En la pieza que había en el fondo me ponía a coser. Un día, con la tela en la que venía empaquetada el azúcar para el almacén, una tela como drapeada, muy linda, me hice un vestido. Me había quedado muy lindo. Mi madre cuando lo vio me dijo de todo, que no sabía hacer nada, que porqué me ponía a hacer esas cosas.”* Tiempo después, ya Gloria viviendo con su familia, su madre fue a visitarla y le empezó a cambiar los muebles de lugar. Gloria no le dijo nada, esperó a que se fuera para volver a ponerlos como estaba. Relata que lo hizo con mucha bronca.

G: Mi madre todo el tiempo dice “tarada, tarada, tarada”. No me gusta que diga eso.

A: ¿A vos también?

G: Si, todo el tiempo: “sos una tarada, sos una cagona, una miedosa tarada, cómo no te va a dar para hacer esto (se queda en un prolongado silencio).”

Al deseo de reconocimiento, que pelea con las críticas de la madre, se suman las diferencias que tanto la madre como el padre hacen entre las hermanas. Cuando la hermana chica se entera de la identidad de su padre biológico, se va a vivir a la casa de Gloria. *“Una vez la vino a buscar mi madre y estuvieron horas hablando, encerradas en el cuarto. Anda a saber qué pacto hicieron, porque después de ahí mi madre se la llevó y hasta ahora la protege y apaña en todo.”* La hermana chica maneja las cuentas bancarias del padre, la madre le regaló un auto y le pagó un colegio más caro a sus hijos que a los de Gloria. La hermana melliza, en cambio, nunca dependió económicamente de los padres, pero es la única de las tres que recibió una copia de las llaves de la casa del balneario, un lugar que se presenta como muy importante para la madre. Gloria dice que esta hermana nunca dejó de hablarle e incluso la ayudó en momentos económicamente difíciles: *“me compraba la comida, me dejaba los paquetes en la puerta, me prestaba ropa”*. En el discurso familiar, Patricia era *“la estudiosa, responsable, prolija, la más linda”* y Gloria, *“todo lo contrario”*. Para Gloria su hermana melliza hace todo perfecto, está en todos los detalles y cree que siempre la está observando, corrigiendo. *“Es como mi madre, una lupa”*.

G: Me hicieron creer que todo lo que hago, lo hago mal, que no voy a saber responder

G: Cuando alguien me pide algo, digo que no se hacerlo para no tener que hacerlo

G: Yo pienso que entre mi madre y mi hermana me mataron la autoestima.

El padre de Gloria también ha marcado las diferencias entre sus hijas (*"nunca entendí lo de mi padre"*). Tanto para él como para la madre, la hermana chica es *"la pobrecita"* y la melliza *"la perfecta"*. *"La diferencia está en cómo lo dicen, mi padre es todo amor, es un santo, es divino mi padre. Mi madre tiene una manera de decirlo. Yo sé que me quiere, pero tiene esa forma de ser."* Gloria reitera que es igual a su padre, en el aspecto físico, en la personalidad y en los miedos, mientras que la hermana melliza es igual a la madre: *"crítica todo y tiene unos modos que me provocan angustia y bronca", "me dejan un gran vacío"*. Sobre su hermana menor dice que era como su madre, *"se llevaba el mundo por delante"*, pero que ahora *"es una sumisa"*. Gloria recuerda que su madre era la que mandaba en la casa, que al padre *"lo vivía rezongando"* y que siempre le sacó plata. *"Siempre hizo lo que quiso con mi padre"*. Hoy el padre de Gloria requiere de cuidados en su casa. *"Está ido, inclinado, se babea, se hace encima. Parece un niño"*. Está en esta situación desde hace algo más de tres años, sin embargo, no lo ha visto un médico. *"¿Para qué?, dice mi madre"*. En una de las consultas, Gloria cuenta que había ido a visitar al padre, que le vio los pies muy hinchados y empezó a hacerle masajes. En ese momento comentó *"pobrecito, papá"* y la madre reacciona: *"¡Pobrecito lo qué!? Vení vos a cuidarlo"*.

G: ¿Por qué hace esas cosas? Me hace sentir culpable

A: ¿De qué?

G: No sé... de no hacerlo, de no ir a cuidarlo, debería estar ahí. Le respondí que para eso contrataron una persona. Le hubiera contestado más cosas.

A: ¿Qué otras cosas?

G: Que toda la vida estuvo fuera de casa, en el almacén y ahora que tiene que estar se queja. Es su marido y tiene que estar con él para cuidarlo. Le diría también que le diga a Rocío que lo cuide.

La crianza de las hijas/ los hijos

En la segunda consulta, Gloria comenta que su hija está en tratamiento psiquiátrico y psicológico desde hace tres meses. Dice que no le gusta que tome pastillas y no recuerda exactamente el diagnóstico que le dieron: *“depresión con algo más”*. *“Ella es de plafón bajo, baja autoestima, vive haciendo bromas con el hermano de que se va a cortar las venas”*. Tras contar esto, menciona un episodio con la hija y el novio: *“Se empezaron a reír de mí, me critican todo, cómo escribo en el celular, cómo mando los audios. Estaba mandando un audio y se empezaron a reír. Me dio una bronca”*. En el mismo relato comenta que su hija le dice que la trauma, que le saca las ganas. Gloria se da cuenta que a veces hace cosas que le recuerdan a su madre, por ejemplo, cuando Vanessa está por salir a bailar o a un cumpleaños le dice *“¿eso te vas a poner?”*. Recuerda que cuando era chica su hija se aburría todo el tiempo y le echaba la culpa. *“Decía que yo le tenía que conseguir amigas. Me reprochaba que la hubiese traído al mundo.”* Agrega que siempre fue callada, que no era una niña extrovertida. *“En el jardín, durante tres años, las maestras nunca le escucharon la voz. En algunas cosas se parece a su padre, aunque mi esposo es sociable, pero habla poco. A ella le cuesta integrarse.”*

Gloria llega a una de las consultas contando que su hija le pidió que compartiera en las redes sociales, entre sus contactos, una publicación que había hecho sobre su emprendimiento, ante lo cual le señala una falta de ortografía. La hija se enoja porque dice que nunca la alienta, que en vez de decirle que está lindo lo que ha hecho, le marca un error. *“No lo hago por mala, al contrario, quiero ayudarla”*. Al mismo tiempo, Gloria reconoce que hace *“ciertas cosas”* y no entiende por qué. *“La otra vez hizo unos alfajores de maicena, cuando los vi le dije ‘a Patricia le quedan perfectos’. No sé porqué lo dije, pero es verdad. Mi hermana es super detallista.”*

Gloria dice que tiene *“una conexión especial” con su hijo*, que tiene más afinidad con él que con su hija. *“Será porque Seba sufrió de chico.”* Explica que el parto fue complicado, tenía dos vueltas de cordón y hubo que usar fórceps. *“Tenía poco peso al nacer.”* No obstante, esta situación no trajo consecuencias a la salud del niño. El embarazo y nacimiento de su hijo también estuvo marcado por otras situaciones. Fue en ese momento que Gloria se entera, por su madre y una sobrina, que su marido tenía otra relación desde hacía casi un año. Estuvo unos meses separada y en ese tiempo su hermana menor se quedaba a dormir con ella (*“no puedo quedarme sola de noche”*). Gloria volvió con su marido contra todos sus principios, según cuenta, ya que siempre dijo que no perdonaría la mentira. Hoy le sigue reprochando lo sucedido, dice que no ha podido superar ni perdonar. *“Fue una época horrible: le daba la teta a Seba y la devolvía toda”*. A propósito de este hecho, Gloria comenta que su padre *“siempre engañó”* a su madre y era algo que se sabía en la casa. Recuerda que su madre llamaba por teléfono desde el almacén y les preguntaba *“¿está tu padre? ¿ya se fue? ¿se bañó? ¿qué ropa se puso?”* Éste llegaba de trabajar, se cambiaba y volvía a salir.

Previo a la separación, cuando Gloria se entera que está embarazada decide dejar de trabajar, en ese momento estaba empleada en una fiambrería. *“Yo quería cuidar a mi hijo, no quería trabajar. Mi marido se molestó por la decisión. Le pedí a él que fuera a decir que renunciaba, yo no me animé. No sé, será porque mi madre nunca estaba en casa, nos criamos solas con mi hermana, mi hermana era como mi madre.”* Gloria recuerda que en esos momentos su padre le daba plata para cubrir los gastos y fue cuando su esposo comenzó con otra relación. Se angustia mientras lo cuenta: *“Juan me dijo que lo hizo porque se sintió desvalorizado, dejado de lado, cuando mi padre empezó a darme la plata. Para mi ninguna explicación vale, si decidiste estar con otra persona es porque vos quisiste.”*

Al poco tiempo de nacer su hijo, tuvo que empezar a trabajar y lo hizo en el almacén de su madre. No tenía plata para los boletos, iba caminando con el bebé en el cochecito, *“recuerdo que ahí le daba la teta”*. Le pedía a su madre plata para los boletos, también que la pusiera en caja, pero ella se negó. *“Después una de sus nietas trabajó con ella y la puso en*

caja". Gloria describe el tiempo en el almacén como horrible, "yo quería dejar el trabajo, mi padre me decía que no fuera más". Relata con desconcierto que su madre no le pagaba los boletos, pero sí el Jardín de Infantes al que iba el hijo. "Mi madre no me daba ni para los boletos, pero a mi hermana chica la llevaban en auto para todos lados, no sé cuánto tardó en subirse a un ómnibus". Cuando quedó embarazada por segunda vez, Gloria recuerda que su madre le dijo "de todo" y le cuestionaba que fuera a tener otro hijo. "Pero yo salí adelante sola, no le pedí nada, a diferencia de mi hermana la chica, que vive de ella". En esa época, Gloria comenzó a cocinar tartas y empanadas y salía a vender por el barrio, llevando a su hija en el cochecito. "Es la hija de la pobreza", dice en alusión a Vanessa.

Gloria describe a su actual familia también como una lupa. "Todo el tiempo saben lo que voy a decir, lo que voy a hacer". Pone como ejemplo el episodio del celular anteriormente mencionado, pero marca una diferencia: "somos unidos, lo hacen en broma, en cambio, mi madre me da en serio". En la cuarta consulta, Gloria pregunta si puede de hablar de todo. "Mi familia me pregunta si te conté... yo me enojo mucho y grito, siento que solo así me escuchan, siento como que se apodera de mí un demonio, me transformo."

A: ¿En qué situaciones?

G: Cualquiera, a veces son bobadas. Por ejemplo, el domingo pasado fue el cumpleaños de mi marido. Festejamos en casa, algo chico. En un momento les dije, a mi marido y mis hijos, vamos a sacarnos una foto. "Ahora vamos, en un rato", me dijo Juan. Al rato veo que se saca una selfie con mi hija, después otra con el novio de mi hija. Yo me hice la que no los veía, pero me dio una bronca. Me había maquillado, estaba arreglada, quería una foto. Cuando me vinieron a buscar para la foto les dije que no, me insistieron y no, me sentí excluida. En la noche, Juan siguió insistiendo, pero no me la saqué. Me lleno de bronca, me transformo. No grité porque había gente, sino, me paso gritando, pero ellos se ríen de mí, me toman el pelo.

Los relatos de episodios en los que se siente excluida se dan con frecuencia. Gloria recuerda haber estado llorando una hora en el baño durante una reunión de amigos porque habían servido cerveza para todos menos para ella. Pero en el momento en el que sirvieron ella no estaba en el lugar. En otra oportunidad, relata un episodio ocurrido en su casa un domingo: cuando llega de ver a sus padres, su marido y su hija estaban cenando y no le habían preparado la cena, tampoco le habían consultado si iba a cenar. Cuenta que se puso muy mal, se angustió y se enojó. Aclara que su hijo estaba en su cuarto. Gloria dice que se ríen de ella cuando reacciona así, pero luego se corrige: *“No, no es que se rían. Ellos dicen ‘ahí empieza de nuevo’. Me ignoran, no me prestan atención y yo les digo que me duele en serio eso que hacen. Mi hija me dijo ‘otras veces te mando mensajes y decís que la pasta no te gusta, que no comes porque engorda’. Seguí con el tema hasta hoy y le pregunté a Seba si él entendía realmente lo que yo decía. Me dijo que sí.”*

“¿Sabes lo que me está pasando? A veces me siento una niña, dependo mucho de Juan y de mi hermana (melliza) para resolver cosas.” Gloria habla de esto en dos oportunidades, dice que se trata de un sentimiento que le cuesta explicar y del que no ha podido hablar con nadie, solo en el espacio de consulta. Agrega que le molesta dejar de hacer cosas por sentirse así. Intenta relacionar lo que siente con algunas situaciones. Pone como ejemplo servir una torta, dice que no le gusta porque le parece que lo va a hacer mal, que le van a quedar chicas las porciones. *“Ahí llamo a Patricia”*. Otros ejemplos: cuando van juntas a la casa de balneario deja que su hermana ordene y guarde las cosas, *“sé que si lo hago yo va a estar mal”*; cuando ha tenido que hacer algún trámite por teléfono, le ha pedido por favor a su esposo que se quede con ella hasta que lo termine y si no lo hace, ella corta. Gloria también relaciona este sentimiento con su maternidad: *“Tengo 54 años y me siento una niña. A veces pienso que tuve dos partos y no puedo creer cómo hice frente a eso. Hoy no podría”*.

CAPÍTULO 2

Objeto no es relación de objeto

¿Qué implica abordar los problemas a partir de la relación de objeto? Siguiendo la línea de pensamiento de Lacan, en cuanto a su vuelta a Freud, se cree pertinente comenzar con una breve referencia a la forma en que éste último ubica y define al objeto. Al escribir sobre la pubertad, Freud (1905/1976i) señala que en ella no solo se afirma el primado de las zonas genitales, sino que “desde el lado psíquico, se consuma el hallazgo de objeto, preparado desde la más temprana infancia” (p.202). En este sentido, aclara que es más que un encuentro lo que allí sucede, se trata de un reencuentro de objeto y lo explica de la siguiente manera: durante la lactancia, período en que la satisfacción sexual está conectada a la nutrición, la pulsión sexual tiene un objeto fuera del cuerpo propio, el pecho materno; el niño luego pierde este objeto y la pulsión sexual pasa a ser autoerótica; por último, superado el período de latencia se restablece la relación originaria, es decir, la inclinación infantil hacia los padres se renueva en la pubertad. En este sentido, expresa Freud (1905/1976i): “Dada esta importancia de los vínculos infantiles con los padres para la posterior elección del objeto sexual, es fácil comprender que cualquier perturbación de ellos haga madurar las más serias consecuencias para la vida sexual adulta” (p.208).

Freud (1905/1976i) habla de un objeto perdido, un objeto que hay que volver a encontrar. Para Lacan (1994) este cometido es un imposible porque aquello que se encuentra nunca será lo que se está buscando. “El nuevo objeto se busca a través de la búsqueda de una satisfacción pasada, en los dos sentidos del término, y es encontrado y atrapado en un lugar distinto de donde se lo buscaba” (Lacan, 1994, p.15). De esta manera, dice Lacan (1994), se instala una discordancia y la búsqueda, atravesada por la nostalgia, se vuelve repetición imposible de satisfacer. Otra manera de encontrar el objeto en la doctrina freudiana, según Lacan (1994), es bajo el título de reciprocidad imaginaria o juego ilusorio. Esto quiere decir que en la relación sujeto-objeto, “el lugar del término en relación es ocupado simultáneamente por el sujeto” y “así, la identificación con el objeto está en el fondo de toda

relación con él” (Lacan, 1994, p.28). Freud (1921/1976f) presenta la identificación como “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (p.99) y la distingue, en el marco del complejo de Edipo, de la elección de objeto. En la relación del niño con su padre, por ejemplo, la identificación es “lo que uno querría ser” mientras que en el caso de la elección de objeto es “lo que uno querría tener” (Freud,1921/1976f, p.100). También presenta como ejemplo de identificación, situaciones vinculadas a la formación del síntoma, en las que, “bajo ... el predominio de los mecanismos del inconsciente sucede a menudo que la elección de objeto vuelva a la identificación, o sea, que el yo tome sobre sí las propiedades del objeto” (Freud,1921/1976f, p.100).

Lacan (1994) también evoca el principio de placer y el de realidad de la teoría freudiana para referirse a la dialéctica del sujeto y el objeto. En este marco, destaca la noción de objeto alucinado, “es el objeto tal como surge de la acción de aquello que Freud llama el sistema primario del placer” (Lacan, 1994, p.28). En otros términos: “El principio de placer tiende a realizarse en formaciones profundamente antirrealistas” (Lacan, 1994, p.16). Para Lacan (1994), la función del objeto va más allá de corresponder al sujeto según su demanda. “El objeto es un instrumento destinado a enmascarar, a modo de una protección, el fondo fundamental de angustia que caracteriza la relación del sujeto con el mundo en las distintas etapas de su desarrollo” (Lacan, 1994, p.22). Pone como ejemplo la fobia, en la que el objeto es el resultado de una señal de alarma, es decir, el miedo le ha dado al objeto su papel, el de proteger al sujeto.

En cuanto a la noción de relación de objeto en los trabajos de Freud, Lacan (1994) aclara lo siguiente: “no es en absoluto destacada, ni cultivada ni ocupa el primer plano de la cuestión” (p.62). A su vez, este autor afirma que no se trata de hablar solamente de objeto o del objeto en relación con el sujeto, sino, de la falta de objeto, noción que considera central tanto para la práctica como para la teoría analítica, es “el motor de la relación del sujeto con el mundo” (Lacan, 1994, p.38). La relación de objeto no puede entenderse sino se introduce el falo como tercer elemento, es decir, no puede comprenderse bajo un marco de dualidad. De

esta manera, Lacan (1994) propone la tríada imaginaria: madre-niño-falo. “La relación imaginaria, sea cual sea, está modelada en base a una determinada relación que es efectivamente fundamental - la relación madre-hijo, con todo lo que tiene de problemática” (Lacan, 1994, p.31). En cuanto a la falta de objeto, Lacan (1994) propone tres categorías: castración (una deuda simbólica con objeto imaginario), frustración (una lesión, un daño imaginario con objeto real), privación (una falta real, un agujero con objeto simbólico). “Solo se puede plantear correctamente el problema de las relaciones de objeto a partir de cierto marco que debe considerarse como fundamental para su comprensión” (Lacan, 1994, p.58). Este marco es, para Lacan (1994), la falta de objeto.

Frustración: una falta de objeto

La frustración está relacionada con la primera etapa de la vida, está vinculada con los traumas, las fijaciones e impresiones de las experiencias preedípicas. Esto no implica que esté por fuera del Edipo, por el contrario, “constituye su terreno preparatorio, su base y su fundamento” (Lacan, 1994, p.63). En este sentido, “modela la experiencia del sujeto y prepara ciertas inflexiones que decidirán la vertiente hacia la que el complejo habrá de inclinarse” (Lacan, 1994, p.63). Para hablar de la relación de objeto en la frustración, Lacan (1994) introduce lo que denomina “metáforas cuantitativas”: la gratificación o la satisfacción de cierta cantidad de beneficios, “cuya saturación más o menos completa o, por el contrario, su carencia se considera un elemento esencial” (p.64). Define la frustración de la siguiente manera: “Concierne a algo que se desea y no se tiene, pero se desea sin referencia alguna a la posibilidad de satisfacción o de adquisición. La frustración es en sí misma el dominio de las exigencias desenfrenadas y sin ley” (Lacan, 1994, p.38-39). En el contexto de las experiencias preedípicas, la relación con el objeto se centra en el imago del seno materno. “Estamos pues ante un sujeto que se encuentra en una posición de deseo con respecto al seno como objeto real” (Lacan, 1994, p.64).

Por un lado, está el objeto real y primitivo, vinculado a una satisfacción de necesidad, en una relación directa. Por el otro, está la madre, a la que Lacan (1994) introduce como

agente de la frustración, un agente simbólico. “La madre es algo distinto que el objeto primitivo. No aparece propiamente desde el inicio, sino, como Freud lo subrayó, a partir de esos primeros juegos” (Lacan, 2018, p.69). Aquí se refiere al juego infantil de repetición observado por Freud a un niño de un año y medio de edad. Algunas de las características del juego, creado por el propio niño y descritas por Freud (1920 /1976c), son las siguientes: el niño tiene buena relación con sus padres, quienes elogian su comportamiento; es obediente y no llora cuando su madre se va, pero tiene por costumbre arrojar lejos, hacia un rincón o debajo de la cama, pequeños objetos que encuentran a su alrededor. Cuando los tira se le escucha decir “o-o-o-o”, lo que para Freud (1920 /1976c) en realidad es “fort” (se fue). Observa además que el niño tiene un carretel de madera atado con un piolín, lo arroja tras la baranda de su cuna, el objeto desaparece, el niño pronuncia “o-o-o-o” y después tirando del piolín lo hace aparecer nuevamente, diciendo “da” (acá está). “Ese era, pues, el juego completo, el de desaparecer y volver” (Freud, 1920/1976c, p.15).

Este juego permite establecer un registro, el del par presencia ausencia, que trae consigo, según Lacan (1999), las primeras simbolizaciones del niño y el punto de partida de lo que será un cambio de la posición con respecto a la madre y al objeto. Si el primer sujeto es la madre, es gracias a “las primeras simbolizaciones constituidas por el par significativo del *Fort-Da*” (Lacan, 1999, p.194). ¿Qué sucede entonces en la relación del niño con la madre antes de esta instancia? “El niño empieza como súbdito ... porque se experimenta y se siente de entrada profundamente sometido al capricho de aquello de lo que depende” (Lacan, 1999, p.195). Pero en el marco de la dialéctica de la frustración, el par presencia ausencia se instala con el registro de la llamada, lo que para Lacan (1994) constituye el primer tiempo de la palabra. El niño empieza a darse cuenta de que ya no solo se trata de satisfacer una necesidad, sino, que depende de la madre para poder alcanzar lo que necesita y, además, ella se lo puede negar. “Los objetos que el niño quiere conservar junto a él, ya no son tanto objetos de satisfacción, sino la marca del valor de esa potencia que puede no responder y que es la potencia de la madre” (Lacan, 1994, p.70). En este nuevo contexto, la frustración no

está dada por la negación de un objeto de satisfacción, sino de un don en tanto símbolo de amor. Pero ambos, el don que se manifiesta con la llamada y el objeto de la necesidad que se presenta bajo la forma del pecho, mantienen una relación de equilibrio y compensación:

“Cada vez que hay frustración de amor, se compensa mediante la satisfacción de necesidad ... Mientras tiene el pecho en la boca y se satisface con él... no puede ser separado de la madre” (Lacan, 1994, p.177). De esta manera, explica Lacan (1994), el objeto real adquiere su función como parte del objeto de amor. Si el primer objeto se ha podido convertir en elemento del segundo, “cualquier otro objeto capaz de satisfacer una necesidad real puede ocupar su lugar” (Lacan, 1994, p.177).

Del deseo de la madre a la metáfora paterna

La madre se presenta en primera instancia como agente simbólico a través de la presencia y la ausencia. Convocada por la llamada, ella puede o no responder, dar o no aquello que tiene y que calma al niño. En esta instancia “se convierte en real, es decir, se convierte en potencia” (Lacan, 1994, p.70). A su vez, el objeto que en un primer momento es de satisfacción (real) se transforma, gracias a la intervención de esa potencia, en objeto de don (simbólico). A pesar de este carácter omnipotente, a la madre le falta algo: el falo, el tercer elemento que Lacan (1994) introduce en la tríada imaginaria. “Si la mujer encuentra en el niño una satisfacción, es precisamente en la medida en que halla en él algo que calma, algo que satura, más o menos bien, su necesidad de falo” (Lacan, 1994, p.72). Aparece la madre deseante; “la falta es aquí el principal deseo” (Lacan, 1994, p.193).

El niño, según Lacan (1994), de un modo más o menos consciente, nota esta falta y la pregunta que surge es de qué manera le dará a la madre el objeto faltante. Por tratarse, además, de un deseo que no puede ser satisfecho, el camino que resta es el del engaño. En este sentido, explica Lacan (1994), entre la frustración primitiva y el Edipo, ocurre la etapa en la que el niño se introduce en la dialéctica intersubjetiva del señuelo. El deseo de la madre es insaciable, por lo tanto, “el niño, por la vía que sea, toma el camino de hacerse él mismo objeto falaz” (Lacan, 1994, p.197). Pero esta situación tiene su revés: esa madre insaciable

busca qué devorar y entonces, puede aparecer el peligro de ser devorado, aspecto que Lacan (1994) vincula a la fobia.

El niño no solo desea los cuidados de la madre, o su presencia, sino también su deseo. Para Lacan (1999), el deseo del niño es deseo de deseo de la madre, que, a su vez, desea “Otra cosa” distinta a la de satisfacer su deseo (el del niño). “El sujeto se identifica en espejo con lo que es el objeto del deseo de la madre” (Lacan, 1999, p.197). Pero a la tríada imaginaria (madre – niño – falo) se incorpora un cuarto elemento: la función del padre que, introducida por la dimensión del Edipo, pondrá a todos los elementos en una relación simbólica. “El complejo de Edipo tiene una función normativa, no simplemente en la estructura moral del sujeto, ni en sus relaciones con la realidad, sino en la asunción de su sexo” (Lacan, 1999, p.169). La virilidad y la feminización, agrega Lacan (1999), son ejemplos del alcance que tiene la función del Edipo. El padre interviene para ordenar las piezas del juego. Debe asumir la función de padre castrador, interponiéndose entre el niño y la madre (prohibición del incesto). La castración paterna sustituye a la materna, ejemplo de ésta es la madre devoradora, y de acuerdo con Lacan (1994), la primera es más favorable que la segunda, ya que habilita un desarrollo dialéctico. Aquí es donde se instala, tanto por parte del niño como de la niña, una rivalidad con el padre. “La relación entre ambos está gobernada por el temor a la castración” (Lacan, 1999, p.174).

Lacan (1999) introduce la noción de metáfora paterna, es decir, un significante que sustituye a otro significante, en este caso, el materno. “El padre está en posición metafórica si y sólo si la madre lo convierte en aquel que con su presencia sanciona la existencia del lugar de la ley” (Lacan, 1999, p.202). En este punto es importante marcar una diferencia: hay un padre en tanto agente real que interviene para dar cuerpo a la castración y hay un padre en el complejo de Edipo. Con el propósito de lograr un mayor entendimiento, Lacan (1999) presenta los tres tiempos del Edipo. El primer tiempo refiere a la búsqueda del niño por satisfacer el deseo de su madre, etapa mencionada anteriormente. Aquí, la instancia paterna se da bajo una forma velada, no manifiesta. La primacía del falo ya está instalada en el

mundo por la existencia del símbolo del discurso y de la ley, pero el niño cree hallarla en la madre. En cuanto al segundo tiempo, es el de la privación de la madre:

El padre se afirma en su presencia privadora, en tanto que es quien soporta la ley, y esto ya no se produce de una forma velada sino de una forma mediada por la madre, que es quien lo establece como quien le dicta la ley. (Lacan, 1999, p.200)

Lacan (1999) aclara que no se trata de lo que la madre hace con la palabra del padre, sino que en la palabra el padre interviene efectivamente sobre el discurso de la madre. El mensaje es para la madre y enuncia una prohibición “que se transmite allí donde el niño recibe el mensaje esperado de la madre” y como consecuencia, éste resulta “profundamente cuestionado, conmovido” (Lacan, 1999, p.208). El tercer tiempo es el de la salida del complejo de Edipo, el del padre portador del falo: “El padre puede darle a la madre lo que ella desea, y puede dárselo porque lo tiene” (Lacan, 1999, p.200), en tanto, el niño es desalojado del lugar en el que él y su madre podían satisfacerse. ¿Cuál es su posición ahora? La de identificación con el padre; así debería ser, según Lacan (1999), para que la salida del complejo sea favorable.

La relación entre el complejo de Edipo y el de castración no es la misma en el caso del varón que en el de la niña. Para el primero, el objeto de amor en la situación edípica sigue siendo la madre, en cambio, la niña hace un viraje hacia el padre. El niño sale del complejo de Edipo ante el temor de que las amenazas de castración se vuelvan real mientras que para la niña el complejo de castración es la entrada al de Edipo. Esta diferencia, dada por aspectos anatómicos, pero que se imprime en consecuencias psíquicas, según Freud (1933/1976d), será abordada a continuación.

Feminidad: de ligazón madre a ligazón padre

Freud (1931/1976h) sostiene que las fijaciones y represiones instaladas en la fase preedípica de la mujer permiten pensar de otra manera el surgimiento de la neurosis y ejemplifica con casos en los que la mujer repite en su matrimonio la mala relación con la

madre. “El vínculo-madre fue el originario; sobre él se edificó la ligazón-padre, y ahora en el matrimonio sale a la luz, desde la represión, lo originario” (Freud, 1931/1976h, p.232). La actitud hostil hacia la madre no responde a la rivalidad del complejo de Edipo, proviene de la fase anterior y encuentra “sólo refuerzo y empleo en la situación edípica” (Freud, 1931/1976h, p.233).

En la fase preedípica, la madre constituye el primer objeto de amor tanto para la niña como para el varón. Para el niño, lo seguirá siendo durante la formación del complejo de Edipo, en cambio, la niña hace un giro hacia el padre. ¿Cómo se da este pasaje? “El extrañamiento respecto de la madre se produce bajo el signo de la hostilidad, la ligazón madre acaba en odio” (Freud, 1933/1976d, p.113). Hay algunos acontecimientos que podrían explicar este sentimiento, según Freud (1931/1976h): la llegada de un nuevo integrante en la familia y con ello el tener que compartir el amor materno o la insatisfacción por el alimento que la madre provee. Pero estos acontecimientos no son exclusivos de la relación madre-hija, también están presentes con el varón. ¿Cuál es, entonces, el factor que explica tal desenlace en la ligazón madre-niña? Por un lado, Freud (1933/1976d) introduce el concepto de ambivalencia para referirse al carácter de hostilidad con el que se tiñe la relación madre-hija: “junto al amor intenso está siempre presente una intensa inclinación agresiva” (p.115). Por el otro, encuentra la respuesta en el complejo de castración: “La muchacha hace responsable a la madre de su falta de pene y no le perdona ese perjuicio” (Freud, 1933/1976d, p.115).

En la niña, al igual que en el varón, el complejo de castración tiene su inicio en la visión de los genitales del otro sexo. “El supuesto de que todos los seres humanos poseen idéntico genital (masculino) es la primera de las asombrosas teorías sexuales infantiles” (Freud, 1905/1976i, p.177). Al referirse al desarrollo de la sexualidad infantil y el interés por los genitales, Freud (1923/1976e) destaca que la principal característica es que “para ambos sexos, solo desempeña un papel *un genital*, el masculino” (p.146). Por lo tanto, “no hay un primado genital, sino un primado del *falo*” (Freud, 1923/1976e, p.146). La niña no solo nota su falta, pronto se dará cuenta que el miembro castrado es también un asunto de otras niñas,

incluso, de su madre. “Su amor se había dirigido a la madre fálica; con el descubrimiento de que la madre es castrada se vuelve posible abandonarla como objeto de amor” (Freud, 1933/1976d, p.117). El deseo del pene que la madre le ha denegado es motivo para que la niña haga un viraje hacia el padre. Ella “ha visto eso, sabe que no lo tiene, y quiere tenerlo” (Freud, 1925/1976a, p.271). De este modo, cae presa de la envidia del pene, dejando “huellas imborrables en su desarrollo y en la formación de su carácter” (Freud, 1933/1976d, p.116).

Según Freud (1931/1976h), los efectos del complejo de castración en la mujer pueden derivar en tres orientaciones de desarrollo. La primera está directamente relacionada con la sexualidad de la niña: “aterrorizada por la comparación con el varón ... renuncia a su quehacer fálico y, con él, a la sexualidad en general” (Freud, 1931/1976h, p.231). La segunda refiere al complejo de masculinidad: “en porfiada autoafirmación, retiene la masculinidad amenazada; la esperanza de tener alguna vez un pene persiste hasta épocas increíblemente tardías” (Freud, 1931/1976h, p.231). Por último, la tercera orientación “desemboca en la final configuración femenina que toma al padre como objeto y así halla la forma femenina del complejo de Edipo” (Freud, 1931/1976h, p.231-232). Así, “el conocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos esfuerza a la niña pequeña a apartarse de la masculinidad y del onanismo masculino, y a encaminarse por nuevas vías que llevan al despliegue de la feminidad” (Freud, 1925/1976a, p.274).

A diferencia de la niña, que asume la castración como un hecho consumado, el varón lo vive como una amenaza, “tiene miedo a la posibilidad de su consumación” (Freud, 1925/1976a, p.186). De esta manera, la angustia de castración da el cierre al complejo de Edipo. “Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales” (Freud, 1925/1976a, p.184). La niña, por su parte, buscará que la renuncia al pene sea recompensada y lo reemplazará por el deseo de un hijo y con este propósito es que toma al padre como objeto de amor. Como si se tratara de una ecuación simbólica, dice Freud (1925/1976a), la niña se desliza del pene al hijo. “Ambos

deseos, el de poseer un pene y el de recibir un hijo, permanecen en lo inconsciente ... y contribuyen a preparar al ser femenino para su posterior papel sexual” (Freud, 1925/1976a, p.186). De esta manera, con la transferencia del deseo hijo-pene al padre, la niña ingresa en el complejo de Edipo y la madre ahora es su rival por recibir del padre todo lo que ella desea de él. Se desprende entonces que el complejo de Edipo en la niña es una formación secundaria. Pero ¿cómo se da el cierre de este complejo en la mujer? En la búsqueda de respuestas, Freud (1925/1976a) reconoce que el material vinculado al desarrollo de la niña en estas instancias se vuelve “más oscuro y lagunoso” (p.185). Considera que este complejo puede ser reprimido o abandonado al ver que el deseo de tener un hijo del padre no se concreta.

Freud (1933/1976d) se detiene en algunas consecuencias en la feminidad madura relacionadas a la elección de objeto. Si permaneció en la situación edípica, dejando los sentimientos ambivalentes en la ligazón madre, la elección debería asegurar un matrimonio dichoso, pero muchas veces la tramitación del conflicto de ambivalencia trae otros resultados. “La hostilidad que se dejó atrás alcanza a la ligazón positiva y desborda sobre el nuevo objeto” (Freud, 1933/1976d, p.123). El marido “entra con el tiempo en posesión de la herencia materna” (Freud, 1933/1976d, p.123). Otra situación es la del nacimiento del primer hijo: bajo la experiencia de la maternidad la mujer puede revivir una identificación con su madre, “identificación contra la cual se había rebelado hasta el matrimonio” y ahora, condición favorable para que “la compulsión de repetición reproduzca un matrimonio desdichado” (Freud, 1933/1976d, p.123). A su vez, si el primer hijo es varón, la situación tiene sus particularidades: esta relación, libre de ambivalencia, le brinda a la madre una satisfacción sin límites, demostrando “que el antiguo factor de la falta de pene no siempre ha perdido su fuerza” (Freud, 1933/1976d, p.123-124). Además, puede suceder que la madre espere alcanzar, por medio de su hijo, “la satisfacción de todo aquello que le quedó de su complejo de masculinidad” (Freud, 1933/1976d, p.124).

Compulsión de repetición

La compulsión de repetición se traduce, según Freud (1914/1976g), en actuar lo que no se recuerda o lo que permanece reprimido. “No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego, que lo hace” (Freud, 1914/1976g, p.152). Para hablar de esta compulsión, Freud (1914/1976g) también introduce las nociones de transferencia y resistencia. “La transferencia misma es solo una pieza de repetición, y la repetición es la transferencia del pasado olvidado” (Freud, 1914/1976g, p.152); aclara que no solo ocurre en el análisis, sino también, en otros ámbitos y vínculos de la vida cotidiana. En cuanto a la resistencia, cuanto mayor es, más frecuente será la repetición. Si en el trabajo analítico, “la ligazón transferencial se ha vuelto de algún modo viable, el tratamiento logra impedir al enfermo todas las acciones de repetición más significativas y utilizar el designio de ellas como un material para el trabajo terapéutico” (Freud, 1914/1976g, p.155). En este ámbito, los síntomas de la enfermedad pueden adquirir un nuevo significado al sustituir la neurosis ordinaria por la de transferencia; si se logran vencer las resistencias, se despeja el camino hacia los recuerdos. Para esto es necesario evidenciarlas en el análisis y trabajar sobre ellas, reelaborarlas. “Solo en el apogeo de las resistencias descubre uno, dentro del trabajo en común con el analizado, las mociones pulsionales reprimidas que la alimentan y de cuya existencia y poder el paciente se convence en virtud de tal vivencia” (Freud, 1914/1976g, p.157).

Años más tarde, Freud (1920/1976c) trabaja el concepto de repetición sobre tres situaciones. En primer lugar, los sueños de los enfermos de neurosis traumática, ante los cuales se pregunta por qué el sueño nocturno los trasladada una y otra vez a la situación patógena, siendo que la tendencia del sueño es el cumplimiento de un deseo. En segundo lugar, toma para su análisis al juego infantil mencionado anteriormente (fort-da), en el que lo lúdico consiste en desaparecer y aparecer, pero es la segunda parte de este juego, aclara Freud (1920/1976c), la que le da más placer al niño. Interpreta el juego como la renuncia a la satisfacción pulsional de admitir sin protestas la partida de la madre. “Se resarcía ...

escenificando por sí mismo, con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar” (Freud, 1920/1976c, p.15). Partiendo de la base que la experiencia de la partida de la madre no puede ser ni agradable ni indiferente para el niño, Freud (1920/1976c) se pregunta “¿cómo se concilia con el principio de placer que repitiese en calidad de juego esta vivencia penosa para él?” (p.15). Remarca además que la mayoría de las veces el juego no se completaba, quedaba solo en el primer acto (fort), por lo que no se puede pensar que el niño jugaba a la partida de la madre como condición previa a su reaparición. Freud (1920/1976c) considera que el motivo por el que niño convierte la partida de la madre en juego es porque en la experiencia misma, él se ve afectado, tiene un rol pasivo. En cambio, a través del juego se torna activo; es un modo de adueñarse de la situación y en el acto de apropiarse de la misma, hay ganancia de placer: “vengarse de la madre por su partida; así vendría a tener este arrogante significado: ‘...no te necesito, yo mismo te echo” (Freud, 1920/1976c, p.16).

El tercer caso que Freud (1920/1976c) analiza en relación con la compulsión de repetición ocurre en el análisis, cuando la neurosis ha sido sustituida por la neurosis de transferencia. “Esta reproducción, que emerge con fidelidad no deseada, tiene siempre por contenido un fragmento de la vida sexual infantil y, por tanto, del complejo de Edipo y sus ramificaciones” (Freud, 1920/1976c, p.18). Aquí Freud (1920/1976c) se pregunta cuál es la relación de la compulsión de repetición con el principio de placer, entendiendo que lo que se revive a través de la misma “no puede menos que provocar displacer al yo, puesto que saca a luz operaciones de mociones pulsionales reprimidas” (p.20). En base a estas observaciones, Freud (1920/1976c) supone que “en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio del placer” (p.22). Además, considera que las exteriorizaciones de esta compulsión, como en el caso de los juegos infantiles o de la transferencia en análisis, muestran de manera notoria un carácter pulsional. Acerca de la pulsión, explica que se trata de un esfuerzo de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de factores externos y perturbadores. Es “la expresión de la naturaleza conservadora del ser vivo” (Freud, 1920/1976c, p.36), que, al mismo tiempo, trae

consigo el engaño de que aspira al cambio y al progreso. Se trata de un estado antiguo al que se aspira regresar “por todos los rodeos de la evolución” (Freud, 1920/1976c, p.38).

En su lectura sobre “Más allá del principio de placer”, Lacan (1983) recurre al sistema del yo y al del inconsciente para asegurar que, entre ellos, hay algo que no satisface el principio de placer, hay algo que molesta y es en relación a la repetición. “Lo que sale de uno de los sistemas – el del inconsciente – tiene una insistencia” (Lacan, 1983, p.98). Si hay una ley de regulación entre los dos sistemas, de descarga y retorno a la posición del equilibrio, la pregunta que surge es: ¿cómo se articulan la función restitutiva del principio de placer (o de constancia) con la función repetitiva? Lacan (1983) asegura que entre el sistema del yo y el del inconsciente no hay simetría, ni reciprocidad ni perfecto acoplamiento; si así fuere, “bastaría con operar sobre uno de ellos para operar simultáneamente sobre el otro” (p.104).

El síntoma, manifestación del proceso primario a nivel del yo, se traduce en displacer o sufrimiento y, sin embargo, siempre vuelve, asegura Lacan (1983). No obstante, plantea la repetición como necesidad. En el análisis, sugiere abordarla tal como se manifiesta en el sujeto: “bajo la forma de un comportamiento montado en el pasado y reproducido en el presente de manera poco conforme con la adaptación vital” (Lacan, 1983, p.140-141). La necesidad de repetición va más allá de todos los mecanismos de armonización y equilibrio que implica el principio de placer, “solo es introducida por el registro del lenguaje ... por la función del símbolo” (Lacan, 1983, p.141). En este sentido, se introduce al inconsciente como discurso del Otro, “es el discurso del circuito en el cual estoy integrado”, por ejemplo, el del padre: “ha cometido faltas que estoy absolutamente condenado a reproducir” (Lacan, 1983, p.141) y explica las razones: “no simplemente porque soy su hijo, sino porque la cadena del discurso no es cosa que alguien pueda detener, y yo estoy precisamente encargado de transmitirlo en su forma aberrante a algún otro” (Lacan, 1983, p.141).

Años más tarde, Lacan (1987) retoma la repetición y la transferencia como dos conceptos fundamentales del psicoanálisis y aclara que, si bien hay repetición en la transferencia, nada tiene que ver un concepto con el otro. “La repetición es algo cuya

verdadera naturaleza está siempre velada en el análisis debido a la identificación, en la conceptualización de los analistas, de la repetición con la transferencia” (Lacan, 1987, p.62). Agrega que lo que se repite es algo que siempre se presenta como el azar y en ese sentido, no hay que dejarse engañar: “no hay que tomar a pie juntillas la declaración del sujeto – en la medida, precisamente, en que siempre tratamos con ese tropiezo” (Lacan, 1987, p.63). Lacan (1987) diferencia repetición de reproducción, “la repetición exige lo nuevo” (p.69). Para trabajar este concepto, introduce otros dos que toma de la teoría de Aristóteles: *tyche* y *automaton*. El primero se traduce en encuentro con lo real y “lo real está más allá del *automaton*, del retorno, del regreso, de la insistencia de los signos, a que nos somete el principio de placer” (Lacan, 1987, p.62). La función de la *tyche*, en tanto encuentro fallido, se presentó primero en la historia del psicoanálisis bajo la forma del trauma, según Lacan (1987). “En el seno mismo de los procesos primarios, se conserva la insistencia del trauma en no dejarse olvidar por nosotros” (Lacan, 1987, p.63). Pero, aclara Lacan (1987), el lugar de lo real también está en el fantasma, en tanto “pantalla que disimula algo absolutamente ... determinante en la función de la repetición” (p.68). Por último, Lacan (1987) también diferencia repetición de rememoración. En cuanto al trabajo en análisis, “no es lo mismo comenzar por la rememoración y vérselas con las resistencias de la repetición, y comenzar por la repetición para obtener un esbozo de rememoración” (Lacan, 1987, p.48) y al respecto, agrega que no son conmutativas. Acerca de la rememoración, explica que no se trata del regreso de una huella que viene del más allá, tampoco “de una verdad suprema”, sino, de algo que surge de la “baraúnda parlante que nos precede, de la estructura del significante” (Lacan, 1987, p.55).

CAPÍTULO 3

Todos menos tú

En la práctica clínica, dice Nasio (2015), cuando se está frente a una mujer neurótica, el o la psicóloga debe concentrarse fundamentalmente en la relación con la madre. En Gloria, hay un sufrimiento relacionado con la búsqueda de reconocimiento por parte de su madre,

algo que se presenta ante ella como una meta inalcanzable. Llega a la consulta diciendo que su madre no la mira, al mismo tiempo, la siente como una lupa que la observa y evalúa permanentemente, siempre de manera negativa. Hay una fuerte presencia de esta madre en el discurso de Gloria, pero el recuerdo que tiene es de una madre ausente en su niñez y adolescencia. Reitera con frecuencia que su hermana melliza (Patricia) y ella estaban siempre solas, incluso, ubica a esta hermana en el lugar de la madre. Su padre también estaba todo el día fuera de la casa, trabajando y cuando llegaba, volvía a salir a encontrarse con otras mujeres. A Gloria parece no inquietarle este recuerdo, lo trasmite con cierta naturalidad. El reproche por la ausencia es en todo momento hacia su madre. La fijación es con ella, el conflicto aparenta estar en ese vínculo.

El cómo se desarrolla la ligazón-madre y el cómo se produce el desenlace de ese vínculo para hacer el viraje hacia el padre, muchas veces puede ser el origen del padecer que la persona adulta lleva a la consulta. Así lo expresa Freud (1931/1976h) y de igual modo lo manifiesta Lacan (1999): “Algunas observaciones parecen indicar, en efecto, que no siempre desempeña el papel esencial el drama edípico sino, por ejemplo, la relación exclusiva del niño con la madre” (p.166). En este sentido, agrega: “La noción de la neurosis sin Edipo es correlativa al conjunto de las cuestiones planteadas sobre lo que se llamó el superyó materno” (Lacan, 1999, p.166). La ligazón-madre con frecuencia determina la posterior ligazón-padre y tras ella, los diferentes vínculos y elecciones de objetos de amor. La fuerte presencia de la madre en el discurso de Gloria y el modo en que este vínculo ha condicionado su posicionamiento ante distintas situaciones de su vida, han promovido para este trabajo un interés particular por la etapa preedípica, incluyendo la dialéctica de frustración.

Buscando satisfacer a su madre, Gloria aceptó interrumpir sus estudios para dedicarse a un negocio que no quería. En otro momento de su vida, trabajó con ella en el almacén pese a negarle el dinero para los boletos (iba caminando porque no tenía plata para comprarlos) y pese a que también se negó a ponerla en caja. Ante la rabia y la tristeza, Gloria ha callado varias veces por temor a que cualquier cuestionamiento hacia su madre pudiese causarle

algún mal. La presencia de la madre, en la niñez y adolescencia, traía consigo desconcierto e incertidumbre. Cualquier cosa podía pasar y en cualquier momento, como irrumpir en su cuarto y echar a sus amigas o ir a buscar a Gloria y a su hermana melliza a la casa de un vecino, con el que estaban jugando y sacarlas a patadas o empezar a gritar en una zapatería porque a sus hijas no les gustaban los zapatos que les quería comprar.

¿Qué es lo que quiere mi madre, cómo satisfacerla? Son preguntas que seguramente se desplegaban en Gloria ante la sensación de que hacía todo para gustarle y nada alcanzaba. Ejemplo de ello eran los momentos en que Gloria y Patricia se encargaban de limpiar la casa y al llegar, la madre rezongaba cuando estaba limpio y cuando no lo estaba, también. Esta mujer se imponía ante Gloria con críticas, como las recibidas cuando se hizo el vestido, o prohibiciones, como las de cocinar (Gloria recuerda haber hecho un bizcochuelo a escondidas y haberlo escondido debajo de su cama). La paciente presenta una madre que estalla en el enojo, que está anclada en la disconformidad, que irrumpe e invade, que escucha detrás de las puertas. En definitiva, nunca se sabía qué podía pasar y, por lo tanto, Gloria quedaba en posición de alerta, por ejemplo, vigilando detrás de la ventana para ver cuál de los autos era el que estacionaba, si el de la madre o el padre. Al constatar que la llegada era del padre, se generaba distensión: “es papá, no pasa nada”.

Al decir de Lacan (1994), existe presencia sobre un fondo de ausencia y a su vez, ausencia como constitutiva de la presencia. En este marco, se destaca el único recuerdo que Gloria dice tener de su madre en la infancia: estar llorando en el sillón pidiendo la leche. ¿Por qué es importante? Porque ha permitido pensar la hipótesis de una mujer adulta atrapada en esa escena infantil: una niña que llama a su madre y no tiene respuesta; la madre tiene lo que ella necesita para calmarse, pero no se lo da. No se trata únicamente de satisfacer una necesidad, sino de la búsqueda del objeto de amor (don). Parece que Gloria ha permanecido a la espera del mismo.

Se trata de que el niño se incluya a sí mismo en la relación como objeto de amor de la madre. Se trata de que se entere de esto, de que aporta placer a la madre. Esta es

una de las experiencias fundamentales del niño, saber si su presencia gobierna, por poco que sea, la de la presencia que necesita, si él mismo aporta la luz que hace que dicha presencia esté ahí para envolverle, si él le aporta una satisfacción de amor. En suma, ser amado ... es fundamental para el niño. (Lacan, 1994, p.225)

Durante la etapa preedípica, la niña “está animada por el deseo incestuoso de poseer a la madre, el júbilo de tenerla completamente para sí” (Nasio, 2015, p.56). Es la etapa también en la que surge, de manera fuerte y determinante, la madre fálica. Ante ella, la niña no solo se pregunta qué es lo que su madre desea, sino que, además, pretende convertirse en el objeto que logra colmarla. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo poseer a mi madre, cómo ser el deseo del deseo de ella? Si ella nunca está, si ella nunca me mira. Se revela una madre ausente que va en busca de un deseo que, como dice Lacan (1999), está en “Otra cosa”, no en la niña. Cabe recordar que la ausencia de la madre obedecía a que pasaba todo el día en el almacén, un lugar que era al mismo tiempo el ámbito de trabajo y el espacio de encuentro con otra persona, un encuentro que a los ojos de los demás podría justificarse como la visita de un cliente, legitimando así su reiterada presencia. Esa persona que motivaba la ausencia de la madre, privando a Gloria de ser su objeto, fue muy importante para su madre y, además, resultó ser el padre de su hermana menor. Ante la pregunta qué es lo que mi madre quiere, Lacan (1999) responde desde la posición infantil: “Me encantaría ser yo lo que quiere, pero está claro que no solo me quiere a mí. Le da vueltas a alguna otra cosa. El significado de las idas y venidas de la madre es el falo” (p.179).

Quizás el sufrimiento de esa niña a la espera siempre de su madre y los celos que seguramente provocaba la existencia de esta persona que se interponía entre las dos, se actualiza y desplaza, hasta hoy, en el vínculo con su hermana menor (Rocío). Sentimientos que se refuerzan porque ésta, junto a su esposo e hija, vive en la casa de los padres y por un discurso familiar marcado por las diferencias entre las hermanas: Rocío es “*la pobrecita*” y quien se ha visto más favorecida por la ayuda económica de su madre. El padre de Gloria, quien reconoció a Rocío como su hija, también hace diferencias entre estas hermanas, pero

Gloria no se detiene en este aspecto, el reproche sigue siendo hacia su madre. En reiteradas ocasiones, demuestra estar muy pendiente de lo que su hermana menor hace y en cómo se vincula con ella: el modo en que la saluda, si le habla poco o mucho, si acepta la comida que le convida e, incluso, Gloria se mostró alegremente sorprendida una vez que su hermana le sirvió el té primero a ella que al resto de las personas que estaban en el lugar. La paciente también ha mencionado en varias ocasiones el vínculo entre su hermana chica y la melliza. Dice que verlas conversar le provoca mucha rabia y se pone a llorar. Es algo de lo que también está pendiente cuando va a la casa de su madre y coincide con ellas: *“están todo el tiempo cuchicheando”*; *“a vos te cuenta todo”*, le dice Gloria a Patricia.

Hay una niña que mira desde afuera cómo su madre se relaciona con otra persona que no es ella, pero tampoco su padre. Es la niña que creció atravesada por las diferencias en el discurso familiar y es la adulta que mira el vínculo entre hermanas que la dejan afuera. Es la misma mujer que se angustia en la consulta cuando recuerda que miraba por la ventana, desde su casa, a toda la familia reunida en la casa de sus padres los domingos. Son varias las situaciones en las que Gloria reedita su posición de excluida, escenas en las que muchas veces coinciden su madre y su hermana menor. Cuando Gloria y su marido (Juan) le cuentan a Rocío la identidad de su padre biológico, la madre *“le hizo la cruz”* al esposo de Gloria; cuando Juan evidencia ante los padres de Gloria la violencia que sufre esta hermana por parte de su pareja, ambos pasaron a ser *“una mala influencia”*. Estas situaciones eran, en el momento de ser expuestas, un secreto a voces en la familia. Hay una madre que no mira hacia donde está la hija que la reclama, que no la rescata de la posición de excluida, por el contrario, refuerza esa exclusión.

Cuando el/la analista escucha a una mujer que sufre también debe preguntarse, según Nasio (2015), quien es el padre que la habita. El período preedípico, en el que la niña sexualiza a su madre, es necesario para luego sexualizar al padre y así entrar en el Edipo. Como se ha expresado anteriormente, a través de las palabras de Freud (1933/1976d), muchas veces es determinante en esta etapa el modo en que se tramita el desenlace de la

ligazón-madre, ya que puede determinar, de un modo traumático, posteriores vínculos amorosos. La niña mira hacia el padre anhelando el falo que no tiene, pero creyó tener, y lo anhela tras sentirse engañada al darse cuenta de que su madre tampoco lo tiene ¿Cómo entra en escena el padre de Gloria? No parece en este caso que la madre habilite una función paterna sancionadora de la ley que viene a ordenar los elementos de la tríada imaginaria y a prohibir la relación incestuosa entre la madre y la niña. A su vez, la palabra del padre interviniendo el discurso de la madre también parece estar ausente. Hay un padre que habilita la relación extramatrimonial de su esposa y que decide hacer suyo el fruto de ese vínculo. Desde la mirada de Gloria es un padre con el que su madre *“hacia lo que quería”*, al que rezongaba todo el tiempo y le sacaba plata (*“mi madre pudo tener el almacén y su primer auto gracias a mi padre”*). Para Gloria, a su padre *“hay que hacerle un monumento”* por aceptar a Rocío como hija, sin embargo, manifiesta con desconcierto, pero no en tono de reproche, que nunca entendió porqué el también hizo diferencias entre sus hermanas y ella.

En el complejo de Edipo hay dos instancias de identificación. Cuando la niña anhela ser el objeto del padre, ser el falo, se identifica con el deseo de la madre. Como dice Nasio (2015), es el deseo de ser la mujer del hombre que ama y de darle un hijo. “La madre, tan duramente juzgada antes, vuelve a ser admirada en su condición de mujer amada y modelo de feminidad” (Nasio, 2015, p.62). Es admiración y rivalidad al mismo tiempo. Tras la negativa del padre a tomarla como objeto, la niña reprime su deseo, pero no renuncia del todo a su cometido, “termina por identificarse con la persona del padre real” (Nasio, 2015, p.64). Esta etapa está vinculada a la salida del Edipo. La niña se identifica con los rasgos del padre, su forma de ser, sus actitudes, los gestos, sus valores. La resolución del Edipo está dada por la combinación de los rasgos femeninos y masculinos que la niña toma tanto de la madre como del padre y cambiará el deseo de ser poseída por el padre por el de ser poseída por un hombre que será el nuevo objeto de amor. Acerca de la identificación con el padre, Gloria repite en varias oportunidades que ella es como su padre mientras que sus hermanas (la más chica y la melliza) son iguales a su madre. Al igual que su padre, a Gloria le da miedo entrar a

los ascensores y *“hace un mundo”* si le duele algo. *“Mi padre es como yo, se lástima un dedo y ya piensa que se va a morir”*. *“En la cama muevo los pies como mi padre”*. *“Soy medio loca como él, ansiosa, impulsiva, inquieta”*. En una oportunidad, Gloria llevó a la consulta fotos de distintas épocas familiares, y en ninguna de ellas el padre sonríe, más bien aparenta cierta tristeza. Le comento lo primero y Gloria parece sorprendida: *“es cierto, no me había dado cuenta; yo tampoco (sonríó), no me gusta”*.

Como se expresó anteriormente, este padre también hizo diferencias entre las hermanas, al igual que la madre, pero *“la diferencia está en cómo lo dicen, mi padre es todo amor, es un santo, es divino mi padre”*. A través del vínculo con su hermana melliza y las diferencias establecidas en el discurso familiar, se instala la exigencia de perfección por parte de Gloria, para si misma y hacia los demás. Todo lo que esta hermana hace está bien, es perfecto y ella nunca estará a la altura, nunca logrará complacerla. Así lo vive y expresa. La idea de que su hermana melliza ha sido como su madre permanece en el tiempo. Antes se trataba de una hermana que la protegía, ahora esta misma hermana la observa y evalúa (*“es como mi madre, una lupa”*). Además, resalta el modo de hablar que tiene, igual al de la madre, que le provoca angustia y una sensación de vacío. A través del significante perfección, se instala la imposibilidad de hacer: ante el temor de hacer algo mal, Gloria opta por decir que no sabe hacerlo o requiere de la presencia de su marido o hermana melliza. En relación con esta hermana y a su madre, dice: *“Me hicieron creer que todo lo que hago lo hago mal, que no voy a saber responder”*.

A sus 54 años, Gloria dice sentirse una niña y ella misma lo asocia con su imposibilidad de hacer ¿Cuál es la imposibilidad real que se plantea? ¿La de hacer lo correcto, lo que otros esperan de ella, la de satisfacer, de gustar y, por lo tanto, ser merecedora de una mirada amorosa? ¿La imposibilidad de lograr que su madre la mire, de que responda a su llamada? Cuando trae este sentimiento relacionado a una posición infantil y sobre el que le cuesta ahondar, Gloria lo vincula a algunos episodios: estando en el almacén, siendo una niña, la madre le pide que traiga algo y ella no lo hace por miedo a que

se le caigan las cosas que había en el lugar (este episodio lo menciona dos veces en distintas oportunidades, pero no logra entrar en detalles, recordar algo más). Otro episodio:

G: Si yo pongo esto acá (en referencia a una botella de plástico que coloca de manera horizontal arriba de la mesa) y empieza a girar, se va a caer. Me ha pasado de ver una botella de vidrio rodar, saber que se va a caer, mi madre gritando ‘agarrala que se cae’ y yo la dejo caer, no atino a agarrarla. Me quedo pensando ‘se va a caer’.

A: ¿Con qué asocias esta imposibilidad de responder?, ¿qué piensas?

G: Yo pienso que entre mi madre y mi hermana me mataron la autoestima; mi hermana siempre me está corrigiendo todo.

Retorno del pasado

La exigencia de perfección también se instala en la demanda hacia el otro. Es notorio en el vínculo de Gloria con su hija, por ejemplo, cuando habla de su emprendimiento: “*La otra vez hizo unos alfajores de maicena, cuando los vi le dije ‘a Patricia le quedan perfectos’. No sé porqué lo dije, pero es verdad. Mi hermana es super detallista*”. Cuando se le pregunta qué piensa del trabajo que está haciendo su hija, Gloria responde: “*A mí me parece bien ... la otra vez hizo una pasta frola que le quedó perfecta*”. La aprobación o no de lo que su hija hace está condicionado por el significante perfección que, además, lo mide en relación a su hermana melliza. Gloria se pregunta porqué lo hace, se da cuenta que no está bien, pero al mismo tiempo no puede dejar de hacerlo. Dice que lo hace por el bien de su hija, para ayudarla, pero expresa bronca porque reconoce a su madre en este comportamiento. Como dice Nasio (2013), “el trastorno que no tiene significación en la mente del paciente retorna siempre en sus actos” (p.17). De modo similar lo plantea Freud (1914/1976g) al referirse al paciente que, al no recordar, actúa y en ese actuar está la repetición. Gloria es consciente de su repetición, sabe que lo hace, que se parece a su madre y tras hacerse la pregunta ¿por qué?, lo vuelve a hacer.

Nasio (2013) habla de ubicar a la repetición en el nivel de la emoción: hay una emoción consciente vinculada al síntoma, que repite una emoción infantil inconsciente, vinculada a la fantasía. Pero la repetición en el caso de Gloria no empieza y termina con la demanda de perfección, hay algo más: provoca en su hija enojo y angustia porque siente que ella no la alienta y la trauma. ¿Se actualiza en esta escena familiar el vínculo de una hija que reclama la mirada de su madre y una madre imposibilitada de mirar? ¿Lo traumático estará vinculado a la posición de Gloria como madre? ¿Sentirá que no puede responder? Las escenas que trae Gloria a la consulta, en las que cuestiona la ropa que su hija se pone para salir o para su cumpleaños, evocan a la joven que cose su vestido y al mostrárselo a su madre, solo recibe críticas. Es oportuno recordar que, cuando Gloria llega a la Clínica de La Unión, hacía pocos meses su hija había comenzado con tratamiento psiquiátrico y psicológico, siendo diagnosticada, con depresión “y algo más”. Gloria no lo recuerda con precisión como así tampoco la medicación que toma su hija. Comenta que pasa mucho tiempo en la cama, que a veces falta al liceo, pero lo atribuye a que siempre fue “de *plafón bajo*”, introvertida.

Gloria se siente una niña, algo que se presenta en ella como una rareza, ya que le cuesta explicar lo que le pasa. Quizás sea pertinente preguntarse cómo vuelve la escena edípica a la escena familiar actual, de qué manera ocupa un lugar la repetición. “*La repetición patológica no solo es dolorosa en su manifestación; además es compulsiva en su irrupción*” (Nasio, 2013, p.67), es decir, incontrolable. En otras palabras: “*Toda emergencia del inconsciente traumático es una irrupción compulsiva que estalla en la superficie del yo y se reproduce en el tiempo*” (Nasio, 2013, p.67). Gloria expone en varias oportunidades situaciones en las que irrumpen en ella el llanto y el enojo, acompañados de gritos: “*siento que solo así me escuchan, siento que se apodera de mí un demonio, me transformo*”. Son episodios en los que ella se siente excluida, no tomada en cuenta, por ejemplo, cuando su esposo e hija empiezan a cenar sin esperarla y sin haberle preparado algo de comida para ella o cuando en el cumpleaños de su marido, él no atiende su pedido de sacarse una foto

juntos en el momento en que ella se lo solicita. Al igual que le sucede con su madre y hermana melliza, manifiesta que su familia es una lupa; también se siente observada y evaluada, pero esta vez lo que parece lo mismo, llega de modo diferente: ella no siente que detrás de esas miradas haya críticas a lo que hace, sino que, la devolución llega por medio de las burlas, cree que no la toman en serio.

Para Nasio (2013), “en la elección amorosa que una mujer hace de un hombre, la madre es mucho más determinante que el padre” (p.32). En este sentido, explica que la mujer se siente impulsada a repetir el amor preedípico, conflictivo y apasionado, por su madre y lo hace de un modo inconsciente en el vínculo con la persona elegida. El marido de Gloria cuenta con la desaprobación de su madre, quien siempre se ha dirigido a él de un modo despectivo, diciéndole, por ejemplo, que su hija se casó con lo peor. No así el padre de Gloria, quien ha tenido otra manera de vincularse con Juan e incluso en más de una ocasión le ha expresado “*no sé cómo bancas esto*”. Cuando Gloria le perdona a su marido la relación que tuvo con otra mujer, algo que según ella iba contra sus principios porque siempre creyó que no perdonaría la mentira, ¿hay también allí una identificación con el padre?

Al igual que sucede con el vínculo materno en la infancia y adolescencia, en la etapa adulta, en la reelección de objeto, surgen enojos y reproches que podrían caracterizarse de viscerales, carnales e irracionales, según Nasio (2013). Similares características tienen los episodios de Gloria con su actual familia, relatados anteriormente, a los que se suman otros vinculados al orden y la limpieza de su casa, algo con lo que Gloria – en palabras de ella – se obsesiona. Aclara que limpiar la ordena y tranquiliza, le permite luego hacer cosas para ella y disfrutarlas, como leer un libro, sentarse a tomar mate e incluso ir a la Clínica de La Unión. En varias ocasiones, comienza la consulta relatando todo lo que ha hecho antes en la casa. Cuando el marido dice, a modo de comentario, “*qué desordenada que está la casa*”, Gloria se “*llena de bronca*” y se pone a llorar.

A: ¿Te lo tomas personal, como que es para vos? Porque en tu casa viven otras personas.

G: Si, no sé porque me pongo así, pero empiezo a gritar y a insultar. Pienso que es para mí, si.

“El traumatismo ... siempre se define de acuerdo con una ecuación esencial: demasiada excitación en un sujeto demasiado débil para amortiguarla ... en todos los casos conlleva una falta de simbolización, una forclusión del goce experimentado por el sujeto inmaduro” (Nasio, 2013, p.62). ¿Cuál es el pasado traumático y doloroso, luego reprimido, que se actualiza en Gloria? ¿Se pone en juego la idea de imposibilidad en relación a la maternidad? ¿Lo traumático para Gloria es pensarse como madre? Gloria dice que el motivo por el que consulta es que siente miedo y pánico todo el tiempo, que la paraliza la idea de que le pase algo a sus hijos y no saber responder, llega a la Clínica de La Unión en un momento en el que su hija está con tratamiento psicológico y psiquiátrico y en el que le reprocha que no la alienta en lo que hace y le dice que la trauma. En este marco, cabe resaltar que el único sueño que Gloria relata en la consulta es el del primer baño de su hijo, ella no pudo hacerlo porque le daba miedo lastimarlo. Lo soñó tal cual sucedió: *“Fue una odisea, vino mi suegra y mi hermana, yo no podía bañarlo, por el tema del cordón”*.

Lo que encontramos en el análisis, dice Lacan (1999), no es la reproducción de lo que ocurría entre el padre y la madre, y al respecto, agrega:

La experiencia muestra que lo que surge es todo el pasado, son las vicisitudes de las relaciones extremadamente complejas que precisamente modularon desde el origen las relaciones del niño con la madre, es decir las frustraciones, las decepciones...los incidentes...donde intervienen con un énfasis muy particular las relaciones agresivas en su forma más original, así como las relaciones de rivalidad ... constatada, por ejemplo, de la aparición de elementos ajenos al trío, a saber, los hermanos o hermanas. (p.303)

CONSIDERACIONES FINALES

Así como el arqueólogo a partir de unos restos de muros que han quedado en pie levanta las paredes, a partir de unas excavaciones en el suelo determina el número y la posición de las columnas, a partir de unos restos ruinosos restablece los que otrora fueron adornos y pinturas murales, del mismo modo procede el analista cuando extrae sus conclusiones a partir de unos jirones de recuerdo, unas asociaciones y unas exteriorizaciones activas del analizado. (Freud, 1937/1976b, p.261)

Me permito comenzar esta última parte del TFG con una referencia personal, ya que encontrar estas palabras ha sido, siguiendo el paralelismo con la arqueología, un hallazgo. Cuando era niña quería ser arqueóloga, pero los mensajes determinantes de mi escena familiar me llevaron por otros caminos. Hoy, aparecen estas palabras de Freud (1937/1976b) como si se trataran de un rastro de mi niñez, como si aquel deseo hubiese permanecido latente, a la espera de poder emerger. Tanto en la arqueología como en la psicología hay una búsqueda en los orígenes, en la historia, para poder relacionar con el presente. Cada sesión por la que he pasado ya sea como practicante o como analizante, es un poquito de tierra que se corre para empezar a vislumbrar las estructuras que sostienen. Ambas tareas también tienen por delante el desafío de la reconstrucción.

En cuanto a mi experiencia como estudiante en la Práctica de Graduación y en el proceso de creación del TFG, valoro por sobre todas las cosas la importancia del diálogo para el entendimiento y la construcción del caso. A priori se puede pensar el trabajo en la clínica como solitario: un espacio delimitado por cuatro paredes, una persona con sus conocimientos, pero también (quiero pensar que es así) con incertidumbres, frente a otra que llega allí para ofrecer, la mayoría de las veces, su sufrimiento. El desafío, como dice Carrasco (2018), de “saber hacer hablar lo no sabido” y el de “saber escuchar eso que hace alarde de lo que oculta” (p.98) se transforma en una interpelación constante. En mi experiencia como practicante, al finalizar cada sesión en la Clínica de La Unión quedaban resonando las siguientes preguntas: ¿lo habré hecho bien? ¿volverá? Pero no alcanzaba con que Gloria

volviera a la semana siguiente. Fue necesario e importante, para buscar las respuestas a mis preguntas, poder discutir éste y otros casos en la supervisión junto a otros/as estudiantes. Luego, aunque ya terminadas las consultas con Gloria, el proceso de creación del TFG y su posterior escritura me permitieron continuar con la construcción del caso. Se trató de un espacio de aprendizaje junto al docente tutor Octavio Carrasco, de la mano de aquellos autores que me han atravesado en la formación académica. Cada libro sugerido y leído han sido mojones señalando el camino. Así, el diálogo ha estado presente en múltiples formas y con variados interlocutores; el caso trasciende el tiempo de la consulta, la presencia física del analizante y las paredes del consultorio.

En cuanto al trabajo realizado con Gloria, hubo movimientos respecto de su lugar en el vínculo con su madre. En algunas ocasiones pudo cuestionarla y demostrarle su disconformidad con lo que hacía y decía; fue importante señalarle a Gloria que ese cambio no se le volvía en contra y tampoco le provocaba daño a su madre, temor que estaba muy presente en ella. Cuando Gloria relataba estos episodios, parecía hacerlo con el entusiasmo de una niña que trae el carné con buenas notas y espera la aprobación. Gloria adquiría con frecuencia una posición infantil que me ha resultado difícil poner en palabras. Había algo en sus gestos, en el modo en que llegaba a la consulta, en la manera de preguntar, que hacían emerger frente a mí una Gloria niña. Pude asociar algo de estos aspectos con la lectura de Nasio (2015) acerca del Edipo como una doble fantasía:

Es, por un lado, la fantasía infantil que obra en el inconsciente del paciente, redoblada además por la misma fantasía, esta vez reconstruida por el analista. Además, sólo puedo comprender el sufrimiento que escucho de boca de mis pacientes adultos, suponiéndoles deseos, ficciones y angustias que habrían vivido en la edad edípica. Y me digo que esos deseos, esas ficciones y esas angustias infantiles están aún hoy presentes, ocultas bajo la apariencia de los múltiples tormentos de la neurosis de que se queja el paciente. (p.18)

La escena de Gloria llorando en el sillón pidiendo la leche, recuerdo que ella menciona en la primera consulta y que trae como el único que tiene de su madre en su infancia, es una imagen que siento me acompañó en casi todos los encuentros que tuvimos, pero como en un segundo plano, de un modo quizás inconsciente, y cobraba nitidez en momentos del discurso de Gloria que la ubicaban en una posición infantil. Era como si Gloria hubiese quedado atrapada en esa escena y el telón se corría para verla cuando transferencialmente irrumpía la Gloria niña.

Cuando culminamos con las sesiones en diciembre de 2022, Gloria manifestó su interés por continuar al año siguiente. En marzo se comunicó diciendo que quería retomar las consultas porque le habían hecho bien. Debido a cuestiones operativas en la Clínica de La Unión, aún no se ha podido concretar. Si bien Gloria expresó su interés por volver, al ofrecerle en dos oportunidades la posibilidad de encontrarnos en otro lugar, dentro del ámbito de la Facultad, dijo que no, que prefería esperar a poder volver a la Clínica de La Unión. Los motivos que dio, su modo de responder, despertaron en mí la interrogante de si estarían operando algunas resistencias, ya que en la última sesión que tuvimos, cuando se estaba yendo, volvió hacia mí y dijo: *“lo que te conté hasta ahora no ha sido nada, hay cosas peores, quedará para la próxima”*.

Referencias

Carrasco, O. (2018). *Sintagmas sobre la histeria*. Píscolibros.

Eidelsztein, A. (2001). *Las estructuras clínicas a partir de Lacan: Vol. 1. Intervalos y holofrase, locura, psicosis, psicósomática y debilidad mental*. Letra Viva.

Freud, S. (1976a). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol.19, pp. 259-276). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).

Freud, S. (1976b). Construcciones en el análisis. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 23, pp. 255-270). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1937).

Freud, S. (1976c). Más allá del principio del placer. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 18, pp. 1-62). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).

Freud, S. (1976d). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 33a Conferencia: La feminidad. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 22, pp. 104-125). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933).

Freud, S. (1976e). La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad). En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol.19, pp.141-149). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).

Freud, S. (1976f). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 18, pp. 63-136). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).

Freud, S. (1976g). Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II). En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 12, pp. 145-157). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).

Freud, S. (1976h). Sobre la sexualidad femenina. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 21, pp. 223-244). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1931).

Freud, S. (1976i). Tres Ensayos de Teoría Sexual. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 7, pp. 109-224). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).

Julien, P. (2000). *Psicosis, perversión, neurosis. La lectura de Jacques Lacan*. Amorrortu.

Lacan, J. (1983). *El Seminario: Libro 2. El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Paidós.

Lacan, J. (1987). *El Seminario: Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós.

Lacan, J. (1994). *El Seminario: Libro 4. La Relación de Objeto*. Paidós.

Lacan, J. (1999). *El Seminario: Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*. Paidós.

Nasio, J.D. (2000). *Los más famosos casos de psicosis*. Paidós.

Nasio, J.D. (2013). *¿Por qué repetimos siempre los mismos errores?* Paidós.

Nasio, J.D. (2015). *El Edipo. El concepto crucial del psicoanálisis*. Paidós.